

El informe Casabona

Sergio
Vila-Sanjuán

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1388

© Sergio Vila-Sanjuán, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-233-5177-0

Depósito legal: B. 24.692-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Introducción

1. Muerte en Palacio.....	13
2. El Instituto de Estudios Éticos.....	21

Primera parte El informe Casabona por Víctor Balmoral

LA INVESTIGACIÓN	41
1. Retrato de un magnate.....	45
2. ¡Fue un envenenamiento!	52
3. La Actual Mujer	53
4. El Hijo Rebotado.....	69
5. La Hija Ambiciosa	84
6. El Hombre de Confianza	97
7. La Primera Esposa	111
8. El Amigo Relegado.....	123
9. El Yerno Desleal.....	138

UN TESTIMONIO: LA GUERRA CIVIL	
DE LOS CASABONA.....	153
Los recuerdos de Alejandro	159
1936. Mi padre y yo: escapada y espionaje	159
1942. Las tardes con mi tía Mery	173
<i>Primera tarde: terror en Barcelona</i>	177
<i>Segunda tarde: joyas en el váter</i>	179
<i>Tercera tarde: un encuentro misterioso</i>	183
<i>Cuarta tarde: Socorro Blanco</i>	185
<i>Quinta tarde: religiosos en fuga</i>	187
<i>Sexta tarde: «España despierta de un largo y penoso letargo»</i>	190
<i>Séptima tarde: los polvos del tío Nelo</i>	193
<i>Octava tarde: la bella valenciana</i>	194
<i>Novena tarde: la historia al revés</i>	198
CONCLUSIONES DEL INFORME, POR V. B.	205

Segunda parte

1. Cabos sueltos de un documento.....	213
2. La Primera Esposa	239
3. La Hija Ambiciosa	253
4. En la terraza del bar	261
Agradecimientos.....	271
Nota del autor	273

2

El Instituto de Estudios Éticos

Para Víctor Balmoral la vida es, ante todo, una oportunidad. No existe para él un *sentido de la vida*, un hilo conductor que adelante y explique (o desmerezca) las acciones que se van sucediendo en nuestras biografías. No: lo que existe son sucesivas vías que se van abriendo, rutas a explorar, medios de transporte que pueden abordarse o dejar escapar llevándose el misterio de lo que hubiera podido ocurrir tras ocupar nuestro asiento en ellos. No hay una dirección en la existencia: existen oportunidades que podemos asir o soltar, investigar o ignorar. De cada uno depende cómo las aproveche. A veces, ya lo decía Sartre, al elegir una sacrificamos todas las demás. Pero Víctor prefiere centrarse siempre en lo que se gana y no en lo que se pierde.

Por eso aquella mañana asumió como oportuna la llamada de la catedrática Luisa Francàs.

—Quisiera que me pasaras a ver por el Instituto de Estudios Éticos. Hay un tema en el que creo que nos puedes ayudar.

Víctor apuró el café con leche. Dejó vagar la vista por Rambla de Cataluña, que se abría a sus pies. Des-

de la galería acristalada de su piso, donde solía tomar el desayuno, tenía la mejor vista de esta hermosa arteria urbana por donde la gente paseaba sin parecer nunca apresurada. Era una de las ventajas del edificio sobrio y noble que había comprado su bisabuelo y que más adelante había vendido su abuelo (no por apuros económicos, sino para deshacer una herencia en indiviso, con lo que perdió su carácter de propiedad familiar; eran tiempos en que los precios del suelo urbano aún resultaban muy moderados, y una casa no representaba el patrimonio que es ahora). Se quedaron, como inquilinos, en la vivienda que había sido suya, primero sus abuelos; después, al casarse, sus padres, y luego su madre con él. Por un muy módico precio, en un amplio y cómodo piso. En el espacio que aún ocupaba.

En realidad hacía poco que Víctor había cerrado —con lágrimas— un prolongado ciclo de su vida. El de su dependencia familiar.

¿Qué había hecho viviendo aún allí, bastante pasados ya los cincuenta años, con su progenitora, la simpár Marisa Torralba? Se lo preguntaba a veces. Y la respuesta era: en ningún lugar, con ninguna otra persona, se había sentido tan comprendido, mimado y protegido. ¿Qué hay mejor que una madre?

Para entender del todo este fuerte sentimiento conviene remontarse un poco en el tiempo y conocer a un personaje clave: Gregorio Balmoral.

Gregorio, el padre de Víctor, era, todo el mundo lo sabía y lo decía, un personaje encantador. Alto, guapo —con una belleza contundente, a lo Burt Lancaster—, robusto, enérgico, elegante, el rizado

cabello peinado hacia atrás con brillantina, cariñoso y divertido, siempre con un comentario ingenioso a punto.

Siempre que Víctor repasa el álbum de fotos del enlace de sus progenitores en la iglesia de la Concepción, y luego del banquete en La Rosaleda, le parece estar contemplando una película elegante del Hollywood clásico. *Historias de Filadelfia*, por ejemplo.

La novia llegando a la iglesia en un gran coche negro con chófer, sentada junto a su padre en el asiento trasero. El festival de flores que cubre el altar. Los chaqués de los hombres, los deslumbrantes vestidos y sombreros de las mujeres. Las sonrisas resplandecientes. La juventud atractiva y llena de promesas de buena parte de los invitados. Luego, en el banquete, los grupos formados en cada mesa, mirando a cámara, buena fotografía en blanco y negro analógica: militares con uniforme de gala, jóvenes con bigotes finísimos que hoy se ven propios de una época, guapas rubias con peinado a lo Veronica Lake. Una boda por todo lo alto. Con Gregorio y Marisa en el centro. El novio vistiendo su uniforme de la Real y Alta Orden de la Cruz Victoriosa y los Caballeros de Jerusalén, de color claro (¿blanco?, ¿crema?, ¿amarillo suave?), con charreteras y banda ancha tricolor cruzada. Con una indumentaria tan vistosa que a su lado la novia casi queda desdibujada.

¿A qué se dedicaba exactamente Gregorio? Nadie lo supo nunca con certeza. Hacía negocios, explicaba. Intermediaciones. Unos querían comprar, otros querían vender y él, con su don de gentes, los ponía en contacto y sacaba comisión. Eso requería, según le

razonó a Marisa ya en la luna de miel, una presencia continuada en los lugares claves de la vida social. «He hecho de la simpatía una profesión», decía, lo que le obligaba a multiplicarse.

Y en esa luna de miel surgió un problemilla. Estaban en París, qué mejor que la Ciudad de la Luz para iniciar una sólida y a la vez romántica vida de pareja, y se habían instalado en un hotelazo. El penúltimo día de la estancia Gregorio dejó allí sola, «un rato nada más», a su bella y joven esposa. Se iba a la agencia de American Express a cambiar cheques de viaje para saldar el alojamiento. Regresó varias horas más tarde echando humo. Se había detectado un problema técnico con los *travelers cheques* y los de la agencia reclamaban ¡días! para solucionarlo. Qué incompetencia en la central y en la sucursal parisina.

—No te preocupes, podemos usar los dólares que me dio papá —sugirió Marisa.

Al despedirla en el aeropuerto, su progenitor le había deslizado en el bolso un sobre repleto de billetes. Para los viajes, don Anselmo solo creía en los dólares y no quería saber nada de otras monedas. Ni siquiera de los francos en Francia.

—¡No puedo tolerarlo! —protestó Gregorio—. Ese dinero es tuyo, una reserva, y no pienso utilizarlo.

—No seas tonto. Lo mío es de los dos —zanjó ella amorosamente.

La frase se revelaría profética.

En los años siguientes, la pareja demostró que sabía disfrutar de la vida: cenas y salas de fiesta, escapadas a paisajes de ensueño, tres personas de servicio

en casa, dos hijas y una asistente, lo que no estaba mal para un matrimonio con un solo hijo. Buenos automóviles, renovados regularmente, para el joven *pater familias*. Gregorio sabía lucirlos, como sus trajes a medida de Savile Row y sus camisas de Brooks Brothers, traídas de Nueva York. O como el uniforme marino que se colocaba para la inauguración del Salón Náutico: resultaba difícil precisar a qué categoría correspondía, aunque parecía bastante excesivo para el modesto título de patrón de embarcaciones de recreo que le permitía pilotar la canoa que guardaban en el puerto deportivo de Arenys. Pero con aquel atavío parecía un almirante.

Murió el padre de Marisa, demasiado joven, y le dejó a su hija un capital sustancioso. Era la única heredera, el señor Torralba había enviudado hacía tiempo.

A Marisa los temas de dinero la agobiaban.

—Yo me encargo —se ofreció Gregorio—. Tengo unos cuantos contactos con buenas perspectivas de negocio.

Habilitaron para sus exigencias de pareja joven, con una restauración cara, la torre en el paseo de los Ingleses de Caldetas donde el fallecido señor Torralba solía veranear. Y Gregorio multiplicó sus quehaceres. Salía cada noche hasta horas sospechosamente tardías, ahora ya casi siempre sin Marisa, en teoría a alimentar sus negocios. Viajaba sin parar por España: Madrid, Bilbao, Zaragoza, Sevilla...

Hubo algún resbalón por su parte. Aquel cálido mes de julio le había dicho a su mujer que estaba realizando un recorrido comercial por varias ciuda-

des del norte. Visitaba ciertas fábricas para unos pedidos relevantes (¿pedidos de qué? Marisa no tenía ni idea). En aquella época, las comunicaciones a través de telefonista resultaban lentas y no siempre fáciles. Gregorio intentaba llamar cada día —o eso aseguraba— pero no siempre lo lograba. Un mediodía, Marisa veía en su tele en blanco y negro la retransmisión de los Sanfermines de Pamplona. La gran fiesta de la España eterna. La cámara recorría la abigarradísima plaza del Castillo después del encierro de los toros. Y por allí, en medio de un grupo de amigotes vestidos de blanco, pañuelo oscuro al cuello, bota de vino en alto, dando brincos y vociferando como la característica pandilla de borrachos que sin duda formaban, descubrió patidifusa, largo y guapo como era —y no había duda, el que más gritaba—, a su Gregorio.

Tuvieron bronca cuando volvió a casa tras su «gira de negocios», pero él supo tranquilizarla: no se habían detectado mujeres de por medio, al menos aparentemente, y la historia, para qué negarlo, era divertida. Aquel esposo devoto no le había dicho nada de la asistencia a los Sanfermines porque sabía que los astados le daban miedo. Todo quedó en una anécdota doméstica. Una minucia inocente de muchachote.

Hizo mal Marisa en dejarlo pasar sin alterarse. En no tomar nota de que Gregorio le mentía. Cuatro años después...

A Víctor su madre no le permitió leer aquella nota, escrita con letra enérgica y pluma cara en papel azul, hasta que cumplió los veintiún años.

Querida Marisa:

No sé si podrás perdonarme. He fracasado como hombre de negocios, como marido y como padre. Nunca debí hacerme cargo de tu patrimonio, aunque créeme si te digo que en todas las operaciones en las que participé lo hice llevado por la honradez y la esperanza de conseguir beneficios para nuestra familia. Las cosas, lamentablemente, no han salido como pensaba. Confié en personas que no lo merecían y que abusaron de mi buena fe. Lo he perdido todo. Ahora me veo obligado a emprender camino a América del Sur, tierra de oportunidades, donde espero poder rehacerme. Me excusarás que en estos momentos dolorosos no te indique con más exactitud mi destino, que está hoy por hoy completamente abierto. Volveré algún día para restituirte lo que te debo. Hasta que llegue ese momento, todo mi amor para ti y para Víctor. No espero que me perdones.

Gregorio

No leyó la carta hasta que cumplió los veintiún años, pero supo mucho antes lo que había ocurrido después de que su madre la abriera. El inmediato peregrinar de Marisa por las distintas sucursales de bancos donde el matrimonio tenía cuenta conjunta. La actitud conmisericordiosa de los directores. Los paquetes de acciones que le dejó su progenitor los había liquidado su marido hacía mucho tiempo; las cuentas corrientes habían menguado sin descanso. La semana antes de su desaparición, el padre de Víctor vació lo que quedaba. La había desplumado. Estaban pelados.

Gregorio había vendido los coches y la canoa. La casa de Caldetas estaba hipotecada con unas cuotas

inasumibles, y hubo que desprenderse de ella por una miseria. Por todos lados Marisa encontró agujeros económicos, deudas, engaños. La hecatombe.

Resultaba fácil venirse abajo. Pero Marisa Torralba demostró una serenidad y una madurez que nadie le hubiera atribuido hasta entonces. Despidió al servicio doméstico, excepto a la ya veterana cocinera, Eugenia, que insistió en quedarse en la casa sin sueldo, por lealtad a la señora, con la que siempre se había llevado bien, y tal vez porque a aquellas alturas de su vida ya no tenía ganas de cambiar. Impuso un plan de austeridad obligadamente draconiano. Vendió y empeñó joyas. Suprimió todas las cuotas de clubes variopintos a los que estaban asociados. Pudieron mantener el piso de Rambla de Cataluña solo porque lo ocupaban en régimen de alquiler según los asequibles contratos de los años sesenta.

Y se buscó un empleo. En una tienda de ropa de mujer del paseo de Gracia. Su porte elegante y su don de gentes ayudaron.

Los primeros años pasaron apuros muy considerables. Tantos que Marisa decidió alquilar habitaciones a estudiantes de solvencia probada y aspecto honorable. La buena cocina económica de Eugenia redondeaba una oferta interesante. Durante cinco años, los de la adolescencia de Víctor, tuvieron alojados en las dos habitaciones traseras de la casa a una sucesión de futuros médicos sudamericanos. Tal vez Marisa barajaba la fantasía de que alguno de ellos le trajera noticias de su desaparecido marido. Porque Gregorio, claro, nunca volvió.

Esa fue una época extraña para Balmoral: asu-

miendo el descenso en la pirámide socioeconómica, desde el entramado frágil y narcisista de la adolescencia; con extraños en casa; reconvirtiendo la relación con su madre, antes consagrada a él a tiempo completo, y ahora volcada a asegurar económicamente la precarizada existencia de la familia. La lectura lo ayudaba a explicarse a sí mismo sus inquietudes: pasó sin transición de Enid Blyton y Tintín a Emily Brontë, Sergiusz Piasecki, Leon Uris y Lawrence Durrell.

Cuando le tocó decidir la carrera, Víctor optó por el periodismo. Se ajustaba a su afición por la lectura y la escritura; también a su curiosidad variada, cambiante y poco dada a eternizarse en los temas. Además, necesitaba unos estudios que le permitieran en breve ganar algo de dinero.

A los dieciocho años ya estaba colaborando con varios diarios y publicaciones de la ciudad. Entrevistas, reportajes, crónicas, lo que se requiriera. Permanecía hasta la madrugada tecleando en la Underwood Five que su padre olvidó llevarse. Lo hacía bien. Pronto se autoadministró: ya no generaba gastos a su madre, se pagaba los estudios y la ropa, las clases de inglés y las de mecanografía, que le permitieron maximizar el trabajo. Se ofreció a participar en la economía doméstica; ella no lo aceptó. Todo empezaba a enderezarse.

Un día Marisa llegó a casa con aire triunfal, reunió a Víctor y a Eugenia en la cocina y les comunicó orgullosa:

—Se acabaron los realquilados en esta casa. ¡Me han nombrado encargada de la tienda!